

MICHAEL
REID

El continente olvidado



UNA HISTORIA DE LA NUEVA
AMÉRICA LATINA

CRÍTICA

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – Colombia

Título original: *Forgotten Continent. A History of the New Latin America*

Diseño de portada: concepto e ilustración de Elisa Roldán Restrepo para el Departamento de Diseño de Editorial Planeta Colombiana.

© 2017, Michael Reid

Publicado por acuerdo con Andrew Nurnberg Associates

Traducción de Inés Elvira Rocha

© 2018, Editorial Planeta Colombiana S. A. – Bogotá, Colombia

Derechos reservados

© 2019, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial CRÍTICA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en Colombia: octubre de 2018

ISBN: 978-958-42-7330-7

Primera edición impresa en México: abril de 2019

ISBN: 978-607-747-673-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Elogios para <i>El continente olvidado</i>	XIII
Mapas de la región	XIV-XV
Prefacio	1
CAPÍTULO UNO. El continente olvidado	5
CAPÍTULO DOS. El enigma latinoamericano	34
CAPÍTULO TRES. La semilla de la democracia en la tierra del caudillo.....	61
CAPÍTULO CUATRO. Guerra Fría y revolución	103
CAPÍTULO CINCO. Reformadores fracasados, dictadores endeudados.....	141
CAPÍTULO SEIS. Del Consenso de Washington al auge —y caída— de las materias primas	166
CAPÍTULO SIETE. El desastre venezolano	206
CAPÍTULO OCHO. Los traspiés de los reformistas.....	239

CAPÍTULO NUEVE. Sociedades cambiantes	293
CAPÍTULO DIEZ. El Estado imperfecto	327
CAPÍTULO ONCE. La obstinada resiliencia de las democracias imperfectas.....	369
CAPÍTULO DOCE. La soledad de América Latina.....	403
CAPÍTULO TRECE. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos	428
Glosario	441
Notas.....	451
Índice	501

*Para Maximilian, con la esperanza de que le ayude
a entender parte de su herencia.*

*Lo primero es curarnos de la intoxicación
de las ideologías simplistas y simplificadoras.*

Octavio Paz

*La voluntad democrática es vulgar; sus leyes, imperfectas. Admito todo
esto. Pero si es verdad que pronto no habrá un término medio entre el
imperio de la democracia y el yugo de un solo hombre, ¿no deberíamos
buscar al primero en lugar de someternos voluntariamente al segundo?*

Alexis de Tocqueville

No es por casualidad que las reformas son tan difíciles.

Fernando Henrique Cardoso

ELOGIOS
PARA *EL CONTINENTE OLVIDADO*:

“El tratamiento de Reid —convinciente y de gran alcance— sobre el lugar que ocupa América Latina en el mundo es una lectura fundamental”.

Ted Piccone, *Journal of Democracy*

“Formidablemente bien informado y escrito con claridad excepcional. [...] Combina todas las fortalezas de la experiencia periodística con una energía explicativa rara vez vista en los escritos eruditos”.

James Dunkerley, Institute for the Study of the Americas,
Universidad de Londres

“Los responsables de América Latina en la próxima Administración tienen la excelente obra de Michael Reid en su lista de lecturas obligatorias”.

Coronel John C. McKay, *Actas* (U. S. Naval Institute)

“Cautivará a expertos y aficionados por igual. Nadie que aspire seriamente a hablar sobre política, economía y cultura latinoamericanas puede dejar de leer *El continente olvidado*”.

Jorge Castañeda y Patricio Navia, *National Interest*

“Ofrece algo valioso tanto a los especialistas como al público en general. [...] Reid escribe sobre América Latina con gran empatía, inteligencia y perspicacia”.

James Brennan, *Hispanic American Historical Review*

México, Centroamérica y el Caribe



América del Sur



PREFACIO

Mucho ha sucedido en América Latina y el mundo desde que la primera edición de este libro fue impresa a principios de 2007. La crisis financiera de 2007-2008 marcó el comienzo de un nuevo y más incierto período en la historia del mundo. Tras ella, el populismo —un fenómeno político común en Latinoamérica— ha surgido en Estados Unidos y Europa. China ha consolidado su posición como poder económico global. En América Latina, el auge de las materias primas llegó y se fue, y el panorama político ha cambiado. Hugo Chávez y Fidel Castro están muertos. Luiz Inácio Lula da Silva está enfrentando numerosos cargos por corrupción en los tribunales de Brasil. Las sociedades latinoamericanas han cambiado considerablemente en los últimos diez años. Por todo ello, consideré oportuno revisar el libro para tener en cuenta todos estos desarrollos y otros más.

El libro original lo inspiró mi convicción, contraria al pesimismo prevalente al comienzo de este siglo, de que Latinoamérica estaba experimentando un profundo proceso de reforma económica, democratización y progresivo cambio social. El pronóstico para la región es ahora más difícil. Si he moderado, pero no abandonado, esa convicción subyacente, es principalmente debido al aumento en gran parte de América Latina de una sociedad civil políticamente comprometida.

Lo que sigue se basa en mis propias observaciones y experiencias de una región que visité por primera vez en 1980. He tenido la fortuna de haber podido ver a América Latina desde dentro (viviendo en Perú, México y Brasil durante dieciséis años) y como visitante fre-

cuenta. Durante todos estos años he gozado del enorme privilegio del periodista que puede ver desarrollarse la historia de cerca y hacer preguntas a muchos de sus protagonistas.

El continente olvidado es una tentativa de entender en una forma más sistemática lo que he aprendido, recurriendo en parte a mis reportajes, especialmente para *The Economist* (y a veces los de colegas en el periódico). Mi intención original era que la narrativa del libro comenzara alrededor de 1980, pero muy pronto comprendí que tendría que comenzar mucho antes. Esa decisión fue coherente con las conversaciones que sostuve cada vez que me aventuré en un país nuevo para mí en Latinoamérica. Una pregunta aparentemente simple sobre algún aspecto de la política contemporánea llevaba a los pocos minutos a una exposición sobre las particularidades de la historia del siglo XIX de ese país. Dado que la historia y las figuras históricas son invocadas a diario por los políticos latinoamericanos, no voy a pedir disculpas por haber decidido comenzar la historia alrededor de 1810, cuando la mayoría de los países latinoamericanos comenzaron su lucha por la independencia.

Los lectores de la primera edición encontrarán numerosos temas familiares, pero también mucho que ha cambiado. Al revisar el libro, mi punto de partida era América Latina hoy y los dilemas que enfrenta la región en la era posterior al *boom* y a Chávez. Entre 2014 y 2016, volví a vivir en Lima y he recurrido a reportajes que hice en ese período.

Un nuevo capítulo introductorio expone lo que está en juego en la región y por qué es importante para el mundo. He revisado el capítulo 2, que discute las explicaciones predominantes sobre la relativa dificultad de América Latina para establecer democracias prósperas, para tener en cuenta nuevas publicaciones sobre el tema. Los tres capítulos históricos siguientes no tienen cambios sustanciales. El resto del libro ha sido revisado y actualizado radicalmente. El siguiente capítulo analiza el historial económico de la región desde la década de los ochenta. Luego siguen capítulos sobre el desastre venezolano y los variados tropiezos de los reformistas en Chile, Brasil y México. Los capítulos posteriores incluyen mucho material nuevo sobre los cambios en las sociedades latinoamericanas y las luchas de los gobier-

nos e instituciones estatales para responder a ciudadanos más educados, exigentes y conectados, así como a nuevos retos —tales como el cambio climático y los conflictos en torno a las industrias extractivas—. Mientras Venezuela y Nicaragua han caído en la dictadura, en otros países de la región la democracia se ha mantenido, pero marcada por la corrupción y estructuras políticas anquilosadas —tema del capítulo 11—. El penúltimo capítulo analiza las oportunidades que puede tener América Latina en el mundo de Donald Trump, una China poderosa y una introvertida Europa. El libro concluye evaluando lo que la región tiene que hacer para escapar de la “trampa del ingreso medio” y alcanzar las metas de desarrollo económico, democracia estable y sociedades más inclusivas y menos desiguales que durante tanto tiempo le han sido esquivas.

Durante décadas, me he beneficiado del tiempo, las opiniones y la sabiduría de muchos cientos de latinoamericanos, desde presidentes hasta campesinos, así como observadores profesionales de la región. Desafortunadamente, es imposible nombrarlos aquí de manera individual y sería ingrato señalar solo a algunos. Muchos de ellos aparecen en el texto o en las referencias. Gracias a todos ustedes.

Agradezco a *The Economist* y sus recientes editores, Bill Emmott, John Micklethwait y ahora Zanny Minton Beddoes, por permitirme satisfacer mi interés en América Latina, por su generosidad al concederme permiso para escribir y la libertad de expresar mis propios puntos de vista, y por haberme permitido vivir donde yo quería. Ningún periodista podría pedir más. Gracias también a los corresponsales y colaboradores de *The Economist* en América Latina por su constante ayuda; a Phil Gunson por sus comentarios sobre el capítulo 7; a Arthur Goodhart, mi agente; a Celina Dunlop por ayudarme una vez más a obtener fotografías; a Adam Meara y Christopher Wilson por los gráficos; a Robert Baldock y su equipo en Yale por su habitual eficiencia, y a Clive Liddiard por su revisión del texto, que captó muchos pequeños errores.

Como siempre, mi mayor deuda es con mi familia. Roxani y Torsten Wilberg fueron excepcionalmente comprensivos con mi reciente falta de disponibilidad. Maximilian Wilberg, a quien dedico esta edición, dio muestras de un precoz respeto por la puerta cerrada del

estudio de su abuelo. Finalmente, este libro habría sido imposible sin el constante amor y apoyo de Emma Raffo. Sus ideas y críticas lo atraviesan por todas partes.

Madrid, mayo de 2017

CAPÍTULO UNO

EL CONTINENTE OLVIDADO

Cada vez escuchamos decir con mayor insistencia que el futuro del mundo está en Asia y, particularmente, en China e India. Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y posteriores, las desastrosas consecuencias de la invasión de Irak, el amargo fracaso de la Primavera Árabe y el surgimiento del nihilista y brutal Estado Islámico convierten al Medio Oriente y el mundo islámico más amplio en inevitable centro de interés estratégico para Estados Unidos y Europa. A pesar del reciente progreso, las guerras y dictadores, las epidemias y pobreza de África continúan siendo un peso en la conciencia del mundo desarrollado.

Pero, ¿qué sucede con Latinoamérica, la otra gran región del mundo en desarrollo? “Latinoamérica no importa. [...] A la gente hoy le tiene sin cuidado Latinoamérica”, le aseguró Richard Nixon al joven Donald Rumsfeld en 1971, cuando aconsejaba al futuro secretario de Defensa estadounidense qué zonas del mundo evitar si quería una carrera brillante.¹ Exceptuando el violento derrocamiento de Salvador Allende en Chile en 1973 —apoyado por la administración Nixon— y la crisis de deuda pública y guerras en Centroamérica en la década de los ochenta, su opinión fue bastante acertada durante las siguientes décadas. Desde luego, el pavoroso colapso de la economía argentina en 2001-2002 atrajo miradas horrorizadas. Los capos de las drogas y la violencia de la guerrilla en Colombia alguna vez ocuparon los titulares. Fidel Castro nunca dejó de ser una curiosidad, terca-mente instalado en su isla comunista hasta la vejez. Pero todo ello

solo sirvió para subrayar el estatus de Latinoamérica como un continente en gran medida olvidado. No era suficientemente pobre para producir lástima y atraer ayuda ni suficientemente peligroso para justificar cálculos estratégicos, y tampoco con un crecimiento económico tan rápido que les acelerara el pulso a los grandes empresarios.

Luego, repentinamente, se difuminó el velo de olvido que la mayoría de los medios de comunicación europeos y estadounidenses mantenían sobre América Latina. Las elecciones presidenciales en la región llevaron al poder a una cohorte de líderes izquierdistas de diversos tipos, en una “marea rosa” que produjo la sensación de que América Latina se estaba sacudiendo del control de Estados Unidos, bajo el cual se afirmaba que había languidecido por siempre. Gran parte del interés fue catalizado por Hugo Chávez, el voluble y populista presidente de Venezuela, que despertó el temor en algunos círculos y la esperanza en otros de que fuera otro Castro —pero un Castro provisto de petróleo—. Aparentemente siguiendo sus pasos estaban Evo Morales, líder de los cultivadores de coca y socialista, que se convirtió en el primer boliviano descendiente de indígenas andinos en ser elegido a la presidencia de su país, y Rafael Correa en Ecuador, quien se describía a sí mismo como “izquierdista cristiano”. En Brasil, la elección en 2002 de Luiz Inácio Lula da Silva, exlíder sindical nacido en la pobreza, llevó al poder al Partido de los Trabajadores (PT), el partido de izquierda más grande de Latinoamérica. Néstor Kirchner, un hasta entonces desconocido gobernador provincial de la Patagonia, y su combativa esposa, Cristina Fernández, tomaron el control de Argentina, declarándole la guerra al Fondo Monetario Internacional (FMI), las empresas extranjeras y los titulares de los bonos del país. En Chile, Michelle Bachelet, socialista cuyo padre murió tras ser torturado por la policía secreta del general Pinochet y también brevemente presa política, llegó a ser la primera mujer en América Latina elegida presidenta sin deber dicha distinción a un matrimonio con un marido famoso (de hecho, era una mujer separada y con tres hijos). José Mujica, quien como guerrillero tupamaro capturado había pasado diez años en una celda de aislamiento —dos de ellos en el fondo de un pozo con hormigas y ratas por única compañía—, fue elegido presidente de Uruguay en 2009 por el partido

de izquierda Frente Amplio. Durante su mandato, continuó viviendo con gran austeridad en su finca de tres habitaciones, conducía un viejo Volkswagen Escarabajo y almorzaba en las anodinas cafeterías de la Avenida 18 de Julio, la principal calle comercial de Montevideo. Atrajo la atención del mundo entero no solo por su modesto estilo de vida, sino también por promover con éxito la legalización de la marihuana en Uruguay.²

En 2008, ocho de las diez repúblicas suramericanas (excluyendo las Guayanas) estaban gobernadas por la izquierda, entendida en su sentido más amplio. Todo parecía indicar que algo estaba sucediendo en la región. Esto llevó a Eric Hobsbawm, historiador británico y comunista impenitente, a afirmar que “hoy, ideológicamente, me siento en casa en Latinoamérica porque es el único rincón del mundo donde la gente aún habla y hace política en el antiguo lenguaje, en el lenguaje del socialismo, comunismo y marxismo de los siglos XIX y XX”.³ Para otros era motivo de preocupación el hecho de que, en pleno siglo XXI, Latinoamérica permaneciera aparentemente atrapada en lo que consideraban arcaicas batallas ideológicas. Pero, en una región notoria por las extremas desigualdades en ingresos y riqueza, basadas no pocas veces en diferencias raciales, muchos vieron los nuevos movimientos izquierdistas como una respuesta largamente esperada al persistente legado del colonialismo ibérico.

Poco después, Latinoamérica comenzó a atraer atención por otro motivo. La vertiginosa industrialización de China y su ingreso a la economía global desataron una demanda sin precedentes de los metales, combustibles y alimentos que la región (y en especial Suramérica) produce en abundancia. Respaldada por el fuerte y sostenido incremento en los precios de las mercancías, gran parte de Latinoamérica se unió al *boom* de los mercados emergentes. En la cresta de la ola, de 2004 a 2008, la economía de la región —tomada en conjunto— tuvo un crecimiento promedio anual de 5.5 %, la inflación se mantuvo baja y las inversiones extranjeras llegaron a raudales. Fue el momento de mejor desempeño económico en Latinoamérica desde la década de los sesenta. La región navegó sin mayor problema la crisis económica mundial de 2008-2009, sufriendo tan solo una breve desaceleración. Gracias a su recién adquirida fortaleza económica, los gobiernos

estuvieron en capacidad de responder no con austeridad sino con políticas fiscales y monetarias “anticíclicas” (expansivas), sin disparar la inflación. El *boom* económico fue de la mano con un progreso social extraordinariamente rápido. En 2002, 44 % de los latinoamericanos vivía por debajo de la línea de pobreza; en 2012 esa cifra había descendido a 28 %, lo cual significa que cerca de sesenta millones de latinoamericanos habían escapado a su condición de pobres.⁴ Incluso, la distribución de los ingresos en la región se hizo un poco menos desigual. La clase media se expandió y en algunas definiciones comenzó a sobrepasar en número a los pobres. En definitiva, el decenio de 2003 a 2012 fue la “década de oro” para América Latina.

Debido a su tamaño, Brasil atrajo especial atención entre los inversionistas extranjeros. En 2003, Goldman Sachs —un banco de inversión— publicó un informe en el que subrayaba la creciente importancia para la economía mundial de los BRIC, un nuevo acrónimo en el cual Brasil asume su lugar al lado de Rusia, India y China. Brasil es el quinto país más grande en área y población y la cuarta democracia más grande del mundo. En 2012 se había convertido en la séptima economía más grande del mundo, a la par con Gran Bretaña, y comenzó a ser visto como un país de importancia global en otros aspectos tales como las negociaciones sobre el comercio mundial y los convenios medioambientales. También aspiraba a ser miembro permanente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La diplomacia expansiva de Lula le permitió a Brasil hacerse con la Copa Mundial de Fútbol de 2014 y a Río de Janeiro, con los Juegos Olímpicos de 2016. Su elección como sede de estos últimos significó que Brasil finalmente era reconocido como “un país de primera categoría”, declaró Lula.

Los líderes izquierdistas de Latinoamérica proclamaron una nueva era de vínculos “sur-sur” y solidaridad regional, en una actitud de rechazo más o menos explícito a Estados Unidos y lo que ellos denominaban “su hegemonía en la región”. No tenían que insistir tanto: el desastre de Irak y la crisis financiera habían dañado su confianza en sí mismo y sus pretensiones de liderar el mundo. La eterna agonía de la zona euro, los retos de la ampliación y migraciones masivas precipitaron a la Unión Europea (UE) a la introspección y grandes

tensiones que, en junio de 2016, culminaron con el *brexít* (el voto del Reino Unido a favor de abandonar la UE). Entretanto, China se convirtió en el mayor socio comercial de varios países latinoamericanos, incluido Brasil, y en creciente fuente de inversiones y préstamos a sus gobiernos.

DEL TRIUNFALISMO AL ESTANCAMIENTO

Para el momento en que se realizaron los Juegos Olímpicos de Río, el triunfalismo se había evaporado y el ambiente en Brasil y el resto de Latinoamérica era bastante más lúgubre. A partir de 2011, la lentificación y maduración de la economía china hizo que los precios de las mercancías descendieran. En 2016, las economías latinoamericanas —tomadas en conjunto— enfrentaban su sexto año consecutivo de desaceleración. Según el FMI, el PIB de la región se estancó en 2015 y decreció 1 % en 2016.⁵ Ese promedio escondió variaciones dramáticas. Mientras el *boom* de las mercancías produjo un crecimiento uniforme en Suramérica, su colapso sacó a la luz la imprudencia y los errores de algunos de los gobiernos de izquierda. En 2016, Venezuela sufría la tasa de inflación más alta del mundo y su economía caía en picada; Brasil se encontraba atrapado en el peor bajón jamás registrado; Argentina estaba atrapada en la estanflación y Ecuador entraba en recesión. En la región, en general, la pobreza comenzó a crecer de nuevo. Por el contrario, el crecimiento continuó —aunque más lentamente— en Chile, Colombia, México y Perú, al igual que en Bolivia.

No sorprende entonces que el ciclo político comenzara a volverse en contra de la izquierda. En las elecciones presidenciales de noviembre de 2015 en Argentina, Mauricio Macri —un empresario de centroderecha— infligió una estrecha derrota al candidato de Cristina Fernández. Chávez murió de cáncer en 2013, precisamente cuando Venezuela estaba pagando el precio socioeconómico de su “socialismo del siglo XXI”. Su sucesor, Nicolás Maduro, carecía de las habilidades políticas de su mentor y, en una elección legislativa en diciembre de 2013, el régimen sufrió su primera derrota electoral a manos de su abigarrada oposición. En febrero de 2016, Morales, quien había ejercido el poder en Bolivia durante una década, perdió en un referendo

que eventualmente le habría permitido permanecer en el poder hasta 2025 (aunque después señaló que procuraría anular esa votación). En Brasil, Dilma Rousseff, la sucesora cuidadosamente escogida por Lula, fue acusada de fechorías fiscales; su enjuiciamiento político destitución —que ella denominó “golpe de Estado”, a pesar de haberse cumplido los procedimientos constitucionales— reflejó el colapso de la gobernabilidad causado por su tremenda falta de popularidad y carencia de las habilidades políticas más elementales, la recesión y un escándalo masivo de corrupción que involucró a Petrobras, la empresa petrolera estatal (y en el cual el PT estaba profundamente implicado, aunque no hay evidencia de que ella estuviese involucrada de manera personal). En Chile, Michelle Bachelet —elegida por una mayoría aplastante en 2013 para un segundo período, tras un gobierno de centroderecha— perdió popularidad y fue obligada a reducir un ambicioso —pero, técnicamente imperfecto— programa de reforma social-democrática. En Perú, un presidente de centroizquierda, Ollanta Humala, fue sucedido por Pedro Pablo Kuczynski —un ex-banquero de inversión— quien, con poco margen, derrotó a la candidata de centroderecha, Keiko Fujimori. Tan solo Ecuador rechazó la tendencia... escasamente. Correa decidió no presentarse para un cuarto período, pero su candidato, Lenin Moreno, derrotó por un estrecho margen a Guillermo Lasso, un banquero conservador.

Tras el reflujó de la “marea rosa”, hubo una combinación de indignación electoral causada por condiciones económicas más duras, ira contra la corrupción y frustración por el fracaso de los gobiernos de todas las tendencias políticas para proporcionar los mejores servicios públicos que exigían las sociedades de América Latina, menos pobres y más clase media que en el pasado. Fortalecidos por la expansión de los teléfonos inteligentes y las redes sociales en la región, los latinoamericanos salieron a las calles para expresar su rabia. En Brasil, en 2013, pequeñas protestas por el aumento de las tarifas de los autobuses en Sao Paulo se convirtieron en una ola de ira nacional contra los chanchullos de los políticos egoístas, simbolizados por los innecesariamente costosos estadios construidos para el Mundial de Fútbol, yuxtapuestos con la mala calidad del transporte público, los servicios de salud y las escuelas. En México y Honduras hubo pro-

testas masivas contra la corrupción, y otras en Guatemala y Brasil que contribuyeron a la caída de sus presidentes. En Chile, en 2006 y de nuevo en 2011-2012, decenas de miles de estudiantes salieron a las calles en repetidas ocasiones para protestar por el alto costo y la baja calidad de la educación superior. Bachelet intentó aplacarlos prometiendo que la educación universitaria sería “gratuita” (es decir, financiada por los contribuyentes), pero en su segunda presidencia nunca se recuperó de su mal manejo de un escándalo sobre un dudoso proyecto inmobiliario de su hijo y su nuera.

El problema de la corrupción, en especial en la contratación pública, se había vuelto sistemático. Odebrecht, una empresa brasileña que era la mayor constructora de América Latina y estuvo en el centro del escándalo de Petrobras, admitió haber pagado sobornos a políticos y funcionarios en otros nueve países de Latinoamérica: un total de US\$436 millones entre 2000 y 2015, según documentos publicados por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, como parte del acuerdo de la demanda más grande jamás presentada en virtud de la Ley de Prácticas Corruptas en el Extranjero. Eso sin contar los US\$349 millones en sobornos pagados en Brasil.⁶

Y existía una causa adicional para el descontento de los votantes: la inseguridad crónica de la vida cotidiana en una región donde las bandas criminales llegaron a operar con impunidad en muchos países como consecuencia de fuerzas policiales y un poder judicial ineficaces y a menudo corruptos. Proporcionalmente, América Latina sufrió más asesinatos que cualquier otra parte del mundo (salvo las zonas de guerra). Con solo 8 % de la población mundial, representó alrededor de 37 % del total de homicidios en 2012, con 145.759 personas asesinadas en la región, según la ONU. A pesar del progreso social regional, la tasa de homicidios aumentó en forma inquietante.⁷ Una encuesta comisionada por el Programa de Desarrollo de la ONU sugirió que casi dos tercios de los latinoamericanos evitan salir de noche por temor a la delincuencia y uno de cada ocho se ha mudado de casa con el fin de sentirse más seguro.⁸ No es de extrañar que (al menos hasta que la desaceleración económica se impuso) las encuestas señalaran que el crimen había superado las inquietudes económicas como la mayor preocupación de los latinoamericanos. La delincuencia era

un problema que pocos gobiernos, ya fueran de izquierda o derecha, habían enfrentado.

La combinación de austeridad y corrupción era políticamente tóxica. Propició la exigencia de una alternancia de poder que es común en las democracias, pero que era algo novedoso en América Latina. De hecho, originalmente, esta combinación y el estado de ánimo contrario a los que estaban en el poder fueron lo que antes había provocado el giro a la izquierda en la región.

ENTRE EL PROGRESO Y LA TENTACIÓN POPULISTA

En los últimos años de la Guerra Fría, América Latina había experimentado una transformación histórica, con lo que pareció ser el establecimiento definitivo de los gobiernos democráticos. En 1978, aparte del Caribe de habla inglesa, solo tres países de la región eran democracias; en 1994, todos excepto Cuba y México lo eran (y México también lo sería pronto).⁹ Esta ola democrática arrastró a algunas de las dictaduras más sangrientas y canallas que los países latinoamericanos habían visto en su larga, aunque lejos de ser continua o generalizada, historia de gobiernos autoritarios. Se dio de la mano con una oleada de reformas económicas de libre mercado tras medio siglo de proteccionismo estatal. Conocido como el “Consenso de Washington” o, si se prefiere, “neoliberalismo”, generó mucho optimismo de que América Latina por fin se hubiera embarcado en lo que algunos en los mercados financieros pensaron que sería un camino continuo de crecimiento y desarrollo sostenido.

Esas entusiastas expectativas resultaron ser en exceso optimistas. La historia, como sucede a menudo, tomó un rumbo más complicado. Los frutos iniciales de la reforma económica fueron variados. La inflación, durante tanto tiempo una pesadilla latina, fue controlada. Al principio, el crecimiento repuntó, cuando la inversión extranjera llegó a raudales. Pero fue frenado y, en varios países, revertido cuando se hizo evidente por una serie de desgarradoras crisis financieras que el capital extranjero podía irse tan rápido como había llegado. Entre 1998 y 2002, la región sufrió lo que la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (más conocida como Cepal) de las

Naciones Unidas llamó “media década perdida” de estancamiento económico. Este decepcionante récord significó que las reformas del libre mercado cayeron en un desprestigio generalizado, aunque a menudo injustamente. En particular, la privatización era detestada, en parte porque se asociaba —en algunos casos— con corrupción o la sustitución de monopolios públicos por privados. Además, las políticas del Consenso de Washington fueron ampliamente culpadas —si bien erróneamente— del colapso económico y financiero de Argentina en 2001. La “media década perdida” no solo allanó el camino para el “giro a la izquierda”, pues el electorado se resintió con los representantes de centroderecha, sino que también trajo consigo la inestabilidad política: ocho presidentes no completaron sus períodos de mandato entre 1997 y 2005.

La llegada de la izquierda al poder suscitó amplias esperanzas de una reforma progresiva. Los líderes de izquierda tenían en común su oposición retórica a lo que llamaron el “neoliberalismo”, un término —a menudo sin sentido— de abuso político que ejerce una influencia nefasta en la región. Con frecuencia se usa simplemente para denunciar una economía capitalista abierta.¹² Yo utilizaré el término ‘neoliberal’, en forma mucho más estricta, para referirme a aquellos que creen que la estabilidad macroeconómica, los mercados libres y el libre comercio *por sí mismos* son suficientes para alcanzar el desarrollo económico, en lugar de ser condiciones necesarias que exigen el complemento de un Estado efectivo.

A pesar de sus muestras de adulatoria solidaridad en frecuentes cumbres regionales, había importantes diferencias entre los distintos presidentes de izquierda. Algunos eran, hablando en términos generales, socialdemócratas latinoamericanos, mientras otros estaban más cerca de la tradición regional de populismo.¹³ Lula, los presidentes socialistas chilenos —Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010 y 2014-2018)— y el Frente Amplio de Uruguay fueron ejemplos de la primera variante. La segunda la representaron Chávez, los Kirchner, Correa y —en menor medida— Morales. Los del primer grupo eran reformistas; algunos del segundo grupo hablaban de “refundar” los sistemas políticos de sus países. Su actitud hacia las instituciones de la democracia liberal los diferenciaba. Los

socialdemócratas representaban partidos políticos más establecidos y llegaron al poder en países con instituciones más fuertes que tendían a respetar. El instinto y la práctica de los populistas, que solían ser *outsiders* (intrusos) políticos, era concentrar el poder en sus propias manos, para anular los controles al poder ejecutivo y gobernar en forma más plebiscitaria y mayoritaria.¹⁴ Pero los líderes y los partidos evolucionaron con el tiempo. Así, Morales, que debió su ascenso a los movimientos sociales autónomos, se volvió más populista estando en el cargo y el PT brasileño buscó doblegar las reglas de la democracia liberal a través de una sistemática financiación ilegal del partido. Cristina Fernández fue más intransigente que su marido (quien murió en 2010). Chávez, un exoficial del ejército que participó en un fallido golpe militar contra un gobierno electo en 1992, pertenecía a la clásica tradición latinoamericana del caudillo populista u hombre fuerte, pero luego —influido por Fidel Castro— viró hacia un estalinismo tropical, mientras se limitaba a preservar solo las apariencias de la democracia.

El populismo es un fenómeno político que ha recibido mucha atención recientemente. La etiqueta ha sido adjudicada a movimientos políticos opuestos al sistema en Europa, tanto de extrema derecha (como el caso del Partido de la Independencia en el Reino Unido, Alternative für Deutschland en Alemania y el más duradero Frente Nacional de Francia) como de extrema izquierda (Syriza en Grecia y Podemos en España), así como a la exitosa campaña de Donald Trump para las elecciones presidenciales estadounidenses en 2016. En América Latina, el populismo tiene una larga historia. Al igual que “neoliberalismo”, se ha convertido en un término cargado y normativo.¹⁵ Así que esta es mi definición. Con “populismo”, quiero decir dos cosas: primero, un tipo de política en la que un líder fuerte y carismático atrae al “pueblo”, contraponiéndolo a un opresor retórico como la “oligarquía” o “la clase dirigente” (o “Washington” en el caso de Trump). El líder pretende ser un salvador, desdibujando la distinción entre este, el gobierno, el partido y el Estado, e ignorando la necesidad de controlar al poder ejecutivo a través de contrapesos. En segundo lugar, el populismo a menudo, aunque no siempre, im-

plicó la redistribución del ingreso o la riqueza de una manera insostenible. Muchos comentaristas asumen erróneamente que el populismo es sinónimo de la izquierda. Ese no es el caso. Por tanto, si los financieros de Wall Street hubiesen identificado correctamente el hecho de que Lula, en Brasil, era un socialdemócrata y no un populista, tal vez no habrían entrado en pánico al pensar en su elección en 2002. Los clásicos líderes populistas incluyen a Juan Domingo Perón, en Argentina, y a su segunda esposa, Eva Duarte; a José María Velasco, en Ecuador, y al brasileño Getúlio Vargas, quien adoptó el populismo en sus últimos años. Algunos conservadores, como el peruano Alberto Fujimori y el colombiano Álvaro Uribe, gobernaron en varios aspectos como populistas. En algunas de sus manifestaciones pasadas, el populismo latinoamericano fue una creativa respuesta política a la desigualdad y al dominio de poderosos grupos conservadores. En otras, fue un vehículo para el autoritarismo. En muchos casos, dejó a los países —y en especial a los pobres (a quienes asegura defender)— en peores condiciones, al menos económicas.

Sin embargo, ¿por qué es tan atractivo el populismo para los votantes latinoamericanos? Porque, como señala Luis Rubio —un politólogo mexicano—, “la gente recuerda los años de crecimiento económico, no los años en que pagaron la cuenta”.¹⁶ Así mismo, según John William Cooke —un líder de la izquierda peronista en la década de 1960¹⁷—, el argentino Juan Domingo Perón se convirtió en símbolo del “único período en el que el trabajador fue feliz”. Tras desvanecerse, aparentemente, en la década de los sesenta, el retorno del populismo se debió en gran medida a la persistencia de las desigualdades extremas en ingresos y riqueza en América Latina. Esto redujo el atractivo de las reformas progresivas y aumentó el de los líderes mesiánicos que prometen un mundo nuevo. Un segundo motor del populismo ha sido la gran riqueza de recursos naturales de Latinoamérica, que va desde oro hasta petróleo. A muchos latinoamericanos se les enseña en la escuela que sus países son ricos, cuando en realidad no lo son. Si fueran los recursos naturales —en lugar del trabajo duro e instituciones efectivas— lo que hace ricos a los países, Singapur y Suiza serían indigentes. Los populistas culpan de la pobre-

za a convenientes chivos expiatorios: la corrupción, la “oligarquía”, el “imperialismo” estadounidense o las multinacionales petroleras o mineras. En tercer lugar, a medida que la política de clase se ha desvanecido, la ha reemplazado en parte una nueva política de identidad. No todos los populistas latinoamericanos son amerindios o mestizos (de raza mixta). No obstante, el atractivo de hombres como Chávez, Morales o el peruano Ollanta Humala (que hizo campaña como populista, pero no gobernó como tal durante su presidencia entre 2011 y 2016) fue en parte resultado de la identificación étnica, la idea entre los latinoamericanos más pobres y de piel más oscura de que ellos eran “uno de los nuestros”. En ese sentido, esos líderes contribuyeron a que sus democracias fueran más representativas, incluso si tal vez las perjudicaron de otras maneras.

Este desafío populista a la democracia liberal es, pues, parte del alto precio que América Latina sigue pagando por su incapacidad para derrocar más tempranamente en su historia independiente las dos grandes causas estructurales de su desigualdad socioeconómica, que están muy vinculadas: por una parte, la desigual distribución de la tierra, cuyos orígenes en muchos casos se encuentran en el período colonial y, por otra, la esclavitud (finalmente abolida solo en 1886 en Cuba y en 1888 en Brasil) y la discriminación contra la población amerindia. En Latinoamérica, a diferencia de Estados Unidos o la Sudáfrica del *apartheid*, la mezcla racial ha sido durante mucho tiempo la norma. Los conquistadores eran abrumadoramente hombres, al igual que los colonizadores que los siguieron, al menos hasta la independencia. La mayoría de los latinoamericanos son mestizos (de raza mixta europea e india) o mulatos (negro y europeo). Pero los pobres aún tienden a ser de piel más oscura que los ricos.

Aunque varios de los gobiernos de izquierda gobernaron pragmáticamente durante muchos años, al final muchos de ellos terminaron poniendo en peligro o destruyendo sus propios logros a causa de su arrogancia. Con demasiada frecuencia afirmaron estar liderando “revoluciones”, con un implícitamente irreversible dominio absoluto sobre el poder, en lugar de reconocer que eran los fugaces beneficiarios de la alternancia democrática en el cargo. Eso llevó a muchos a tratar de aferrarse al poder, ya fuera amañando las reglas de la democracia,

subordinando la buena gestión de la economía a la popularidad a corto plazo o ambos. El ejemplo más descarado fue Venezuela, que con Maduro cayó en una dictadura absoluta y en lo que Ban Ki-moon —el Secretario General de la ONU— denominó una “crisis humanitaria” (ver el capítulo 7). El presidente de Nicaragua, Daniel Ortega, utilizó su control de las autoridades electorales para expulsar a la oposición del Congreso y negarle a su principal oponente el derecho a participar en una elección presidencial en 2016. Nombró a su esposa —Rosario Murillo— como compañera de fórmula, de modo que estableció una dictadura dinástica como la de los Somoza, a los que había derrocado en 1979 como líder de la Revolución Sandinista. Un ejemplo siniestro y absurdo fue el intento de Cristina Fernández de ocultar la inflación y exagerar el crecimiento económico publicando estadísticas falsas. En Ecuador, Correa acosó con mano dura a los medios de comunicación.

CONTINUIDADES Y DIVERGENCIAS

A mediados de la segunda década del siglo XXI, parecía que —como en una novela de Gabriel García Márquez— América Latina había retornado al principio. Mientras muchos países asiáticos siguieron avanzando económicamente, Latinoamérica se arriesgó a un nuevo período de estancamiento y, tal vez, de inestabilidad política e irrelevancia global. Pero el *boom* de las materias primas y el giro a la izquierda habían cambiado la región de manera significativa. En muchos países hubo más continuidad y progreso subyacente de lo que parecía.

Con 630 millones de personas en 2015, Latinoamérica y el Caribe es una región de ingresos medios casi uniforme, con un ingreso anual por persona cercano a US\$ 9000. Tomando en cuenta el poder adquisitivo, esa cifra asciende a más de US\$ 15.000, oscilando desde casi US\$ 23.500 en Chile a tan solo US\$ 1750 en Haití.¹⁸ En la mayoría de los indicadores sociales, América Latina va mejor que otras partes del mundo en desarrollo, pero recientemente ha sido alcanzada por Asia Oriental (tabla 1).